

Carlo Ginzburg, microhistoria y escala. El caso del vinatero calvinista

Carlo Ginzburg, Microhistory and Scale: the Case of the Calvinist Vintner

Blanca Fernández García
Universidad de Granada, España
blancafg@ugr.es

Abstract

Over the past forty years historiography has been affected by typically postmodern epistemological crises, which have questioned two of its basic principles: the universality and the possibility to reach the truth in its narratives. In this article, we shall reflect on the Italian historian Carlo Ginzburg's answer to this crossroads. His works, from the first steps of microhistory to the most recent debates on literary fiction, combine a methodology, which may be considered in principle as postmodern, with rigorous historical investigations. We analyze how this methodology contributes however to the revaluation of the modern historiographical principles prior to postmodernity.

Key Words

Carlo Ginzburg, Eric J. Hobsbawm, postmodernity, historiography, story, fiction, proof.

Resumen

En los últimos cuarenta años, la historiografía se ha visto afectada por crisis epistemológicas típicamente posmodernas que han cuestionado dos de sus principios básicos: la universalidad y la posibilidad de alcanzar la verdad en sus relatos. En este artículo se reflexiona sobre la respuesta del historiador italiano Carlo Ginzburg ante esta encrucijada. Sus trabajos, desde los primeros pasos de la microhistoria hasta los debates más recientes en torno a la ficción literaria, combinan una metodología que, en principio, se puede juzgar posmoderna con rigurosas investigaciones históricas. Se analiza en qué modo esta metodología contribuye, sin embargo, a revalorizar los principios de la historiografía moderna previos a la posmodernidad.

Palabras clave

Carlo Ginzburg, Eric J. Hobsbawm, posmodernidad, historiografía, relato, ficción, prueba.

Introducción

Las crisis que afectan a una sociedad tienen su correlato en las ciencias que la estudian: las humanas. El pensamiento se hace eco de los problemas que afectan a la vida cotidiana, de modo que estos generan en el seno de las disciplinas nuevas discusiones que, a su vez, van originando tendencias que las hacen evolucionar en una dirección o en otra. En este sentido, las discusiones que se han producido en la historiografía en los últimos cuarenta años son significativas de la influencia y extensión de la posmodernidad, que define nuestra época. En este artículo queremos reflexionar sobre el caso concreto del historiador italiano Carlo Ginzburg, tomando como punto de arranque una mención que hace de él Eric Hobsbawm en su autobiografía *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*.¹

Los trabajos de Ginzburg, desde los primeros pasos de la microhistoria hasta los debates más recientes en torno a la ficción literaria, siguen una metodología flexible que en un principio podría ser interpretada como posmoderna. Sin embargo, vemos también que esta flexibilidad se combina con un riguroso trabajo de historiador en el más puro estilo de la historiografía de la primera mitad del siglo XX. Por ello, nos proponemos analizar el funcionamiento de esta aparente dicotomía a la luz de otras corrientes de análisis dentro de la historiografía, como la “historia social” (de la que se puede considerar heredero al marxismo de Eric Hobsbawm) conservadora de ciertos principios tradicionales en la historia – la universalidad de las explicaciones sobre la historia y la verdad de sus relatos –, que han sido puestos en entredicho por visiones posmodernas de la misma.

Derivas en la historiografía del siglo XX: de la historia social al posmodernismo

En los últimos decenios, se han sucedido múltiples críticas a raíz del desarrollo y las consecuencias de la posmodernidad. Entre ellas, en lo que toca a la historiografía, podemos citar las que sostenían que las políticas identitarias en el contexto poscolonial habían conducido a la disgregación de las luchas y aspiraciones universales o totalizadoras y a una puesta en cuestión del estatuto de verdad de los textos escritos por los historiadores, hasta entonces pilares fundamentales de la historiografía. Entre los que condenaban estas derivas estaba el historiador inglés Eric Hobsbawm, conocido bastión de la corriente marxista en la historiografía inglesa. Hobsbawm se formó al calor de los debates modernizantes de esta disciplina, representados por la escuela de *Annales* en Francia o de Bielefeld en Alemania, que pretendían alejarla del positivismo y de la historia de reyes y batallas, y que, tras la Segunda Guerra Mundial, iban a contribuir a la formación de la historia social británica.²

El rótulo de “historia social”, lejos de referirse a un fenómeno homogéneo, agrupaba una serie de respuestas que contestaban al modelo académico tradicional de hacer historia, que se ocupaba de la “actuación de las minorías dirigentes” y que aceptaba el positivismo, sin poner en duda que la acumulación de hechos elegidos con acierto garantizara resultados por sí misma. Los partidarios de la historia social proponían una ampliación de la disciplina, para que ésta pudiera ocuparse del conjunto

¹ Eric Hobsbawm, *Años interesantes: Una vida en el siglo XX* (Barcelona: Crítica, 2006).

² Matari Pierre, “Eric Hobsbawm, el marxismo y la transformación de la historiografía”, *Nueva sociedad*, 243 (2013), http://www.nuso.org/upload/articulos/3923_1.pdf [consulta 30 de mayo de 2014].

de la sociedad, y una mayor elaboración metodológica que se apoyara en las ciencias sociales, como la antropología, la economía y la sociología. Muestra de ello es el subtítulo añadido en 1946 a la revista *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations*.³ En *La naissance de l'historiographie moderne*, Georges Lefebvre sintetiza este cambio de intereses:

la historia dejó de limitarse a los hechos políticos, a lo que interesaba a las clases dominantes, al noble o al cura, para extender su curiosidad al conjunto de la vida, a los hechos de civilización, a la economía, a todas las clases sociales.⁴

Los historiadores, pues, innovaban ampliando el objeto de la historia al incluir todos los estratos sociales y tratando de elaborar un método más complejo e interdisciplinar que permitiera lidiar con ese ensanchamiento de la disciplina. Contemplar globalmente la historia, “las fuerzas y tendencias profundas” que la moldean exigía la contribución de otros ámbitos de las ciencias sociales.⁵ Las esperanzas de los historiadores, que se acogieron en su expansión interdisciplinar al amparo de los paradigmas dominantes (marxismo, estructuralismo...), apuntaban hacia interpretaciones globales, que permitieran explicar las estructuras profundas que vertebran las sociedades.

Sin embargo, allá por los años setenta, el programa de mínimos que compartía la historia social fue virando hacia otras formas de entender la historia. Estamos ante lo que hoy llamamos posmodernidad. Jameson, en *El giro cultural*, apela al fraude experimentado por las nuevas generaciones que, en los años sesenta, vieron desvanecerse “las esperanzas suscitadas por la victoria sobre el fascismo en la segunda guerra mundial y las ilusiones del desarrollo económico” y que “hicieron sentir sus voces en un intento por cambiar la sociedad [...] pero que acabó con el sistema establecido como vencedor”.⁶

La forma que adopta esta respuesta en historiografía queda muy bien definida en un capítulo de la ya mencionada autobiografía de Hobsbawm titulado “Entre los historiadores” en el que evalúa la evolución de la disciplina a lo largo de su trayectoria profesional. Al llegar a los últimos treinta años, el historiador no oculta su pesimismo ante este giro marcado por el posmodernismo. El recuerdo de la celebración del Primer Congreso por la Liberación de la Mujer en Gran Bretaña le sugiere las reflexiones que recojo:

Aquella era una gente para la que la historia no era tanto un modo de interpretar el mundo cuanto un medio de autodescubrimiento colectivo o, a lo sumo, de obtener un reconocimiento colectivo.

El peligro que entrañaba esta posición era y sigue siendo que echa por tierra la universalidad del universo discursivo que es la esencia de toda la historia entendida como disciplina erudita e intelectual, como *Wissenschaft* en el sentido alemán del término o en el más estricto que tiene en inglés. Echa asimismo por tierra lo que los antiguos y modernos tenían en común, a saber, la creencia en que las investigaciones de los historiadores,

³ Josep Fontana, *La historia de los hombres: el siglo XX* (Barcelona: Crítica, 2002), 25. Eric Hobsbawm *Años interesantes: una vida en el siglo XX* (Barcelona: Crítica, 2006), 266. El subtítulo de la revista, añadido tras el ascenso a la dirección de Lucien Febvre después de la Segunda Guerra Mundial, fue precedido por el de *Annales d'histoire économique et sociale* (con el que se fundó la revista) y el de *Annales d'histoire sociale* (que funcionó entre 1939-1941).

⁴ Georges Lefebvre, *La naissance de l'historiographie moderne* (Paris: Flammarion, 1971), 321.

⁵ Matari Pierre, “Eric Hobsbawm, el marxismo y la transformación de la historiografía”, 154.

⁶ Josep Fontana, *La historia de los hombres*, 117-118.

realizadas siguiendo las normas aceptadas por todos de la lógica y la prueba, distinguen entre el hecho y la ficción, entre lo que puede ser determinado como hecho y lo que no, entre lo que es y lo que nos gustaría que fuera. Pero esto es ahora cada vez más peligroso. Las presiones políticas que sufre la historia a manos de los Estados y los regímenes nuevos y antiguos, de los grupos de identidad, y de una serie de fuerzas escondidas bajo la gélida capa de hielo de la Guerra Fría, son en la actualidad más fuertes que nunca, y la sociedad mediática moderna ha dado al pasado una preeminencia y un potencial mercantil sin precedentes. La historia está siendo revisada o inventada hoy más que nunca por personas que no desean conocer el verdadero pasado, sino sólo aquel que se acomoda a sus objetivos. La actual es la gran era de la mitología histórica.⁷

El problema que entrañarían estas visiones identitarias sería su deriva hacia un escepticismo en el que los relatos se encuentran a un mismo nivel de verdad, ya no fundamentado en pruebas y en la significancia a la que apelaban los antiguos “modernizadores”, sino en unos intereses que bien pueden ser el reconocimiento de un grupo social discriminado, o bien la legitimación de líneas políticas al servicio de determinados intereses económicos, bien lejos ya de las explicaciones estructurantes que pretendían los historiadores de la primera mitad del siglo pasado.

De todo ello, lo que nos resulta sorprendente es que, un par de páginas antes de calificar este momento como “la gran era de la mitología histórica”, nos describe cómo en los años setenta “el panorama [el de los innovadores de la historia económica y social] había cambiado completamente”, colocando como ejemplo de este cambio una de las obras más conocidas de Carlo Ginzburg:

Se produjo un cambio de los modelos históricos o de los “grandes porqués”, se abandonó el “modo analítico por el descriptivo”, la estructura económica y social por la cultura, la recuperación del hecho por la recuperación de la sensación, el telescopio por el microscopio, como puede apreciarse en la monografía, no por breve menos influyente, del joven historiador italiano Carlo Ginzburg acerca de la cosmovisión de un excéntrico molinero friulano del siglo XVI.⁸

La alusión a Carlo Ginzburg, dentro de este contexto posmoderno, nos merece una reflexión aparte, y a ella vamos a dedicar el resto de nuestro trabajo.

En un artículo del libro *El hilo y las huellas*, titulado “Tras las huellas de Israël Bertuccio”, Ginzburg recoge las palabras de Hobsbawm. Comenta cómo en 1966, cuando se publicó *I benandanti*, el historiador inglés celebró con una reseña en el *Times Literary Supplement*⁹ la aparición de este libro que no había atraído demasiada atención en su momento. No en vano, en su autobiografía, la reconoce como la obra más interesante del historiador italiano. Pero como vemos, las posteriores investigaciones del italiano le merecerán otra opinión. Según explica el propio Ginzburg “actualmente, Hobsbawm ve en mis trabajos una expresión del repudiable cambio de rumbo que puso en riesgo los efectos positivos del movimiento innovador”.¹⁰

Así, en otra intervención más reciente de Hobsbawm, en un simposio acerca de la historiografía marxista organizado por la British Academy en 2004, este ofrecía – en la versión francesa – más detalles sobre ese giro de la historiografía actual que había transitado: “de una perspectiva cuantitativa a una perspectiva cualitativa, de la

⁷ Eric Hobsbawm, *Años interesantes*, 273.

⁸ *Ibid*, 271.

⁹ Reseña que luego sirvió de prólogo a la edición inglesa de 1983, *The Night Battles: Witchcraft and agrarian Cults in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*.

¹⁰ Carlo Ginzburg, *El hilo y las huellas* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010), 221.

macrohistoria a la microhistoria, del análisis estructural a las narraciones, de la historia de la sociedad a la historia de la cultura”. El italiano advierte cómo, a ojos de Hobsbawm, en los tres casos, él estaría en el lado erróneo.¹¹

En el artículo que sigue a esta polémica, Ginzburg va tras la huella de un tal “Israël Bertuccio”, recordado por Julien Sorel, el protagonista de Stendhal, en el baile al que acompaña a la joven aristócrata Mathilde de la Môle: “¿Acaso Israël Bertuccio no tiene más carácter que todos esos nobles venecianos?, se decía nuestro plebeyo rebelde...”. Pero este no es nuestro tema. En su estudio sobre la novela de Stendhal pretende demostrar que, compartiendo como comparte la opinión de Hobsbawm sobre los riesgos del 'antiuniversalismo' (v.g., “la convicción de que mi verdad vale tanto como la tuya, independientemente de las pruebas aducidas”), su método va a ser distinto, sin por ello descuidar las normas de “lógica y prueba” de la historiografía moderna, ni caer en particularismos estériles. Ginzburg viene a reclamar que su metodología, cualitativa, microhistórica y narrativa, es también un intento por “combatir la tendencia posmoderna a abolir la distinción entre historia y ficción”; y como quiere demostrar, se trata de “librar la misma batalla usando tácticas diferentes”.¹²

Nos proponemos, por tanto, analizar la propuesta de Ginzburg y tratar de desentrañar lo que supone la originalidad de los trabajos del autor italiano como respuesta al debate historiográfico posmoderno, teniendo nosotros presente el pensamiento crítico representado por el historiador marxista británico.

Una reducción de escala: la *microstoria* italiana

Carlo Ginzburg es conocido como uno de los principales representantes de la corriente de la microhistoria italiana.¹³ Publicó en 1966 *I benandanti*, tras haber sido “captado”, como él mismo reconoce, para el oficio de historiador por la admiración que le suscitaban las obras de algunos de esos historiadores innovadores, como *Los reyes taumaturgos* de Marc Bloch.¹⁴

La *microstoria* italiana, cuyos orígenes se pueden circunscribir a algunos historiadores del entorno de la revista *Quaderni Storici*, entre ellos Giovanni Levi, Simona Cerutti o el mismo Ginzburg, propone como principal aportación original, una reducción de escala en los estudios históricos.¹⁵ El análisis con lupa de fenómenos

¹¹ Eric Hobsbawm, (“Manifiesto por la renovación de la historia” (2004), en *Le Monde diplomatique* (citado por Carlo Ginzburg, *Ibid.*, 223).

¹² *Ibid.*

¹³ Véase Justo Serna y Analet Pons, *Cómo se escribe la microhistoria* (Madrid: Cátedra, 2000), donde a partir del trabajo de Carlo Ginzburg se explica con minuciosidad la génesis, la metodología y los debates surgidos en torno a la llamada “*microstoria* italiana”.

¹⁴ Charles Illouz y Laurent Vidal, entrevista con Carlo Ginzburg, “L'historien et l'avocat du diable”, *Genèses. Histoire et sciences sociales*, 53 (2003) : 117.

¹⁵ Es interesante cómo Carlo Ginzburg y Carlo Poni contextualizan su propuesta en el artículo programático “La micro-histoire”: “Toutes ces dernières années, des phénomènes très différents les uns des autres, comme les récentes guerres dans le Sud-Est asiatique, ou encore des désastres écologiques comme ceux de Seveso ou de l'Amoco Cadiz, etc. nous ont invités à remettre en cause des objectifs stratégiques longtemps tenus pour acquis – et, en tant que tels, non sont soumis à analyse –, qu'il s'agisse du socialisme ou du développement technologique illimité. On peut sans grand risque poser que le succès croissant des reconstructions microhistoriques a quelque chose à voir avec la montée de doutes sur certains processus macro-historiques. C'est précisément parce qu'on n'est plus assuré que le jeu en vaille la chandelle que l'on est tenté de reprendre l'analyse des règles du jeu. À l'optimisme (réformateur ou

extraordinarios o cotidianos, sobre todo en el estrato de la cultura popular, permitiría trabajar con elementos que los enfoques más generales dejarían pasar desapercibidos. En este sentido, la incidencia de la microhistoria se puede interpretar como una rectificación de las “generalizaciones abusivas de las viejas interpretaciones globales de la historia social”.¹⁶

Por otra parte, estos historiadores evidencian “el proceso constructivo de la investigación” incorporando a la narración las operaciones intelectuales del investigador. Entre los procesos constructivos está la propia escritura, por lo que, considerándola una parte fundamental de la investigación histórica, otorgan gran importancia al hecho narrativo.¹⁷ Tal preocupación por la escritura se manifiesta explícita e implícitamente, tanto por la cuidadosa, hasta literaria, redacción de los textos, como por la conciencia de que los historiadores escriben.

Esta escritura está ligada a la voluntad de *reconstruir* la historia, el pensamiento o las creencias de individuos pertenecientes en la mayoría de los casos a las clases bajas de la sociedad, interés que se ha denominado “historia desde abajo”.¹⁸ La sola idea de reconstrucción, de que exista la posibilidad de dar la palabra a las clases subalternas, supone tomar como punto de partida una “premisa antiescéptica” que polemiza contra los presupuestos del “giro lingüístico”.¹⁹ Además de la reconstrucción mediante la escritura, la “historia desde abajo” exige, entre otras cosas, una “lectura a contrapelo” de las fuentes históricas oficiales que, como producto cultural de las clases dirigentes, se leen de manera tangencial en busca de una información escondida de otros aspectos de la sociedad, reflejados siempre indirectamente y de manera tan fragmentaria que la reducción de escala se vuelve un requisito imprescindible para la investigación.

Los primeros trabajos de Ginzburg, *Los benandanti: brujería y cultos agrarios entre los siglos XIV y XVII* (1966), *El queso y los gusanos* (1976) o *Historia nocturna* (1989), son monografías que se ocupan de la reconstrucción de creencias populares y de la circulación cultural entre las altas y bajas esferas de la sociedad. Posteriormente, ya entrados los años ochenta, su preocupación principal le orientará hacia la discusión sobre el estatuto de verdad de la historia en obras como *Rapporti di forza: storia, retorica, prova* (2000) o *El hilo y las huellas* (2006). A lo largo de esta trayectoria, observamos dos elementos cuya presencia constante nos interesa especialmente: la

révolutionnaire) des années 1950 et 1960 vient s'opposer, à la fin des années 1970, la tentation du doute radical, et l'évolution s'accroît vraisemblablement dans la décennie qui commence. Carlo Ginzburg y Carlo Poni, “La microhistoria”, *Débat*, 17 (1981): 133-136.

¹⁶ Fontana, *La historia de los hombres*, 150.

¹⁷ Serna y Pons, *Cómo se escribe la microhistoria*, 236.

¹⁸ Entre las varias referencias que nos suscita esta historia desde abajo, hay que citar la influencia en estos autores de otro historiador marxista británico, E. P. Thompson, (“History from below”, 7 de abril de 1966 en *The Times Literary Supplement*, traducido al castellano en *Obra esencial*, Barcelona, Crítica, 2002) cuanto más desde el momento en el que bajo el rótulo de “historia desde abajo” se ha considerado tanto el trabajo de Ginzburg como el de Hobsbawm: “E. P. Thompson distinguió nitidamente entre el marxismo como sistema cerrado y una tradición procedente de Marx de investigación y críticas abiertas. Básicamente se trataba de rescatar experiencias de autoactividad de los trabajadores, que forman parte de la lucha de clases. En esta misma se hallan los trabajos *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg, y *Rebeldes sociales*, de Eric Hobsbawm, escritos en la década del sesenta. [...] La conciencia de clase y la cultura en sentido de comunidad de creencias, valores y actitudes desempeñan un papel decisivo en estos historiadores. El eje pasa a ser cómo los seres humanos viven su situación. Se resalta en estos estudios la participación activa a través de las resistencias cotidianas de las capas bajas de la sociedad. A este enfoque se lo considera en sentido amplio “historia desde abajo”. (María Cristina Satlari, “La historia en los debates de la posmodernidad”, *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, 24 (2007): 143-144.

¹⁹ Serna y Pons, *Cómo se escribe la microhistoria*, 236.

elección de elementos singulares y la inscripción de la investigación en un relato. Ambas tienen que ver con ese lado “condenado” por Hobsbawm en la metodología para la historia: lo micro y el peligro de considerar la historia como una ficción.

Ciertamente, frente a otros estudios que en su punto de partida abarcan aspectos generales como el análisis de una sociedad o una economía, la apuesta de Ginzburg va en otra dirección. Sus trabajos sobre piedad popular, brujería, persecuciones, etc., y sus investigaciones en los archivos de la Inquisición desencadenaron un programa epistemológico fundamentado en el conocimiento a través de indicios que formuló en su célebre artículo “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”. En él establece un paradigma que se basa en la reducción de escala, ya que estos indicios eran elementos mínimos que bien observados podían ofrecer interesantes resultados.

Las ventajas de este paradigma se muestran de manera obvia en el difícil acceso que acusan las creencias populares, nunca expuestas abiertamente en los documentos de las épocas pasadas. Llegar a conocer algo sobre ellas, recuperar la historia de los que no escriben la historia, exige un método y una racionalidad distintos a los textuales. Plantea, apelando a Walter Benjamin, que, a través de la “escoria” que la historia va dejando “en la cuneta”, se pueden llegar a reconstruir ciertos aspectos de la vida de las clases subalternas, e incluso llegar a conocer la mentalidad de ese mundo sin textos propios. Por ejemplo: una lectura tangencial de archivos inquisitoriales, de modo que aquello que escapa de la norma sea un indicio de otro mundo cultural que está agazapado en esos textos.

Un ejemplo de *microstoria*: “La latitud, los esclavos, la Biblia”

Una de las objeciones que Hobsbawm hace a la posmodernidad tiene que ver con las repercusiones del cambio de escala por el que apuesta la microhistoria. Reducir la escala entraña el riesgo de abandonar las aspiraciones universales de la historia que compartían los historiadores innovadores de la primera mitad del siglo XX. Efectivamente, el enfoque “micro” que Ginzburg propone ha sido criticado en ocasiones porque

resulta difícil aceptar la pretensión de erigirlo en sistema alternativo para estudiar los problemas que el historiador se plantea, sobre todo cuando éstos son de gran alcance. Sin olvidar que el pretexto de trabajo en una escala pequeña ha servido con demasiada frecuencia para presentar como muestras de novedad teórica minucias eruditas carentes de interés.²⁰

No es descabellado pensar que la atención a la particularidad pueda conducir a un excesivo detenimiento en el pequeño objeto y que esto se convierta en una traba a la pretensión de universalidad de la historia. Resulta lógico también interpretar esta redimensión de los estudios en el contexto del posmodernismo, debido al interés de este último en acercarse a los fenómenos de manera fragmentaria. Sin embargo, la lectura de los trabajos de Ginzburg nos muestra lo contrario respecto a la dimensión de su alcance. En un artículo titulado “Latitude, Slaves and the Bible: an Experiment in Microhistory”, nuestro autor hace un ejercicio para demostrar el calado de un análisis micro.²¹ Vamos, pues, a detenernos en él.

²⁰ Fontana, *La historia de los hombres*, 151.

²¹ Carlo Ginzburg, “Latitude, Slaves and the Bible: an Experiment in Microhistory”, *Critical Inquiry*, vol. 31, 3 (2005). Citamos en castellano a partir de la traducción de Dulce María Zúñiga, “La latitud, los

Se trata de la pesquisa sobre la vida de Jean-Pierre Purry, vinatero calvinista nacido en Neuchâtel en 1675. El historiador encuentra en los archivos de la UCLA dos documentos redactados por Purry para la compañía de Indias Orientales de Ámsterdam: *Mémoire sur le Pais des Cafres, et la Terre de Nuyts, par raport à l'utilité que la Compagnie des Indes Orientales en pourroit retirer pour son Commerce*, Ámsterdam, 1718 (*Observaciones sobre la tierra de los Cafres y sobre la tierra de Nuyts, consideradas del punto de vista de su utilidad para el comercio de la Compañía de las Indias Orientales*) y *Second Mémoire sur le Pais des Cafres, et la Terre de Nuyts*, aparecido en también en Ámsterdam en la misma fecha.²² Se trata de dos proyectos de cultivo de viñas en Australia y en Sudáfrica. Los territorios estarían situados en una latitud conveniente para el cultivo del vino – entre 25 y 35 grados – y, ante la falta de mano de obra europea, tenían la ventaja de contar con población aún no esclavizada a la que bien se le podía enseñar el trabajo en las viñas.

Jean-Pierre Purry justifica en estas dos memorias su propuesta colonizadora. En ellas se combinan lecturas y experiencias tan excepcionales como la propia posibilidad de redactar proyectos y escribir reflexiones propias para un individuo de su época.

Purry comenzó una temprana carrera política como síndico en Lignières. Tras algunos percances en sus negocios se ve obligado a dimitir y comienza ahí su periplo por el mundo embarcado con la Compañía Holandesa de Indias.

El 26 de mayo de 1713 se embarcó como caporal en una nave de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, el instrumento de la expansión política y económica de los Países Bajos en Asia sur-oriental. Purry tenía setenta hombres a su mando; verosíblemente tenía cierta práctica de la lengua holandesa. La nave se detuvo en Ciudad del Cabo, y llegó a Batavia (actual Yakarta) el 2 de febrero de 1714. Purry pasó ahí cuatro años trabajando como empleado de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. El 11 de diciembre de 1717 dejó Batavia, embarcándose como contador. El 17 de julio, después de la habitual parada en Ciudad del Cabo, Purry regresó a Holanda. Estos datos, de hecho, constituyen un primer contexto de los escritos de Jean-Pierre Purry de los que he partido: las dos *Mémoires sur le Pais de Cafres et la Terre de Nuyts*. [...].²³

Sus arriesgados proyectos irán fracasando uno tras otro. La Compañía de Indias no acepta sus planes para el País de los Cafres ni para la Tierra de Nuyts. Pierde su dinero en la burbuja especulativa del Mississippi y la colonia protestante suiza que funda en Carolina del Sur, Purrysburg, termina por desaparecer.

Sin embargo, la peripecia de Purry nos interesa no sólo por la experiencia acumulada a lo largo de sus viajes, y mucho menos por el éxito de sus empeños, sino porque justifica y defiende su proyecto fundamentándose en lecturas en las que vamos a detenernos. Ginzburg señala la presencia de dieciséis citas del Antiguo Testamento, una de la Primera epístola de San Pablo a los corintios y quince citas de contemporáneos suyos sobre tratados de historia o geografía. Como advierte, las lecturas de la Biblia hechas por Purry han pasado el filtro de otras obras y viceversa.²⁴ Mediante ellas, Purry

esclavos, la Biblia: Un experimento de microhistoria” en <http://www.jcortazar.udg.mx/sites/default/files/GINZBURG.pdf> [consulta 30 de mayo de 2014]. La primera mención a la investigación sobre Jean-Pierre Purry se hace en “Conversar con *Orión*”, en *Tentativas* (Tucumán: Prohistoria Ediciones, 2004).

²² Carlo Ginzburg, “La latitud, los esclavos, la Biblia: Un experimento de microhistoria”, 2.

²³ *Ibid.*, 3.

²⁴ *Ibid.*, 9.

responde tanto a las objeciones hechas a su proyecto como a los posibles “remordimientos” de los colonizadores y justifica así la colonización del mundo por parte de los europeos.

En el segundo de los opúsculos Purry, con la intención de demostrar cuál es la latitud adecuada para el cultivo de la vid, cita el pasaje en el que Dios dice a Moisés que envíe hombres a explorar la tierra de Canáan (*Números 13, 17*). En el relato bíblico, los hombres enviados por Moisés volverán con un sarmiento del que pende un racimo de uvas tan espléndido que tendrán que portarlo entre dos. La abundancia de la tierra prometida, situada entre los 30 y los 36 grados, la utiliza Purry como argumento para defender la idoneidad de las regiones donde proyecta su empresa vinícola. En el caso del vinatero suizo los 30-36 grados estarán en el hemisferio Sur, en lo que hoy son Sudáfrica y Australia.²⁵

Además de la localización de los cultivos, Purry se preocupará por cuestiones ya de alcance moral, ya del ámbito del derecho: la colonización y el esclavismo. La Biblia también le da la respuesta que justifique la ocupación de tierras: en *Levítico 25, 23* se nos dice que Dios las presta a los hombres en usufructo, donde vemos que la Biblia no defendía el derecho del “primer habitante”. No menos importante es el precedente de la guerra contra los cananeos del que Purry se sirve para legitimar la desposesión de las tierras de los habitantes previos (*Deuteronomio 20, 7*). De estas lecturas extrae que desposeer a aquellos que habitan una tierra, como los nativos de Sudáfrica y los australianos, no era condenable como podía parecer a primera vista.²⁶

Sin embargo, para evitar el estigma de la maldición que cayó sobre Cam, no emplea la Biblia para justificar el esclavismo. Por otra parte, tras la terrible experiencia del maltrato al que españoles y portugueses sometieron a los indios americanos, Purry propone otro modelo de colonización que no dejaría de ofrecer ventajas también a los colonizados. Enseñarles el cultivo de la vid y el trabajo en el campo les ofrecería las mieles de una vida civilizada, industriosa y en la que reinara la abundancia. Claramente se ve aquí la oposición entre civilización y vida salvaje, industria e indolencia, abundancia y escasez, tras la que se esconden la idea de la hacendosa Europa frente a los perezosos nativos de las colonias.

La gente salvaje y rústica prefiere por encima de cualquier cosa una existencia perezosa y (...) mientras una población es más rústica y grosera menos se dedica al trabajo; una vida de abundancia y de placer presupone una gran cantidad de penas y afanes. Además, los países habitados por este tipo de gente salvaje y perezosa no son nunca muy populosos. Así tenemos motivos para asegurar que la fundación de una buena colonia europea, lejos de dañar a los habitantes de la Tierra de Nuyts –y no habría ningún motivo para expulsarlos, al contrario – les daría toda suerte de beneficios y ventajas, ya sea porque podrían vivir una vida civilizada, o bien porque podrían estar en grado de aprender las artes y las ciencias...²⁷

La descripción que Purry hace de “un buen país” – “fértil, sin fatigas, y que con poco gasto, produzca todo lo necesario” –²⁸ no tendría como referente, según indica Ginzburg, la tradición popular del país de Cucaña, sino el pensamiento de algunos autores que son citados en las *Mémoires*: François Bernier y William Temple, quienes contribuyeron en la época al descubrimiento de Epicuro.

²⁵ *Ibid.*, 3.

²⁶ *Ibid.*, 4.

²⁷ *Ibid.*, 8.

²⁸ *Ibid.*, 10.

Un capítulo importantísimo de la historia intelectual europea, inaugurado por Pierre Gassendi a mediados del siglo XVII. En el ensayo “Sobre los jardines de Epicuro” (1685) Temple, inspirándose en el elogio al placer formulado por Epicuro, habló de la civilización como de un tipo de sociedad felizmente gobernada por la ambición y la codicia: una descripción irónica y destacada que Bernard Mandeville desarrolló en su famosa Fábula de las abejas. Los ensayos de Temple ejercieron gran influencia en Purry. Podemos imaginar su reacción ante la página donde Temple declaraba: “el mejor clima más apto para la producción de los mejores frutos [...] parece ser más o menos el situado entre los veinticinco y los treinta y cinco grados de latitud”. A través de la lectura de la Biblia filtrada por el ensayo de Temple y por los escritos de los geógrafos, Purry llegó a formular su teoría de la latitud perfecta, situada en los 33 grados.²⁹

Las peripecias y los escritos de Purry, reconoce Ginzburg, le hicieron pensar rápidamente en Max Weber y en la *Ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904-1905), en concreto en el concepto de “acceso intramundano”, inspirado por el calvinismo y otras sectas protestantes. En el ensayo de Weber se ofrece un “tipo ideal” cuya religiosidad, basada en la riqueza como predestinación de la salvación, en la austeridad y en la racionalidad al servicio del ahorro, favoreció el desarrollo del capitalismo. Weber trabaja con “tipos ideales” lo que significa, según el propio autor, el uso de un “lenguaje conceptual que en cierto sentido violenta la realidad histórica”. ¿Qué puede aportarnos en relación con Weber el caso concreto de Jean-Pierre Purry?

El estudio que hace Ginzburg sobre Purry, en tanto que individuo real, desvela divergencias con el modelo ideal de Weber: Purry no era un asceta al estilo protestante y su lectura de la Biblia, como demuestra el italiano, está mediada por otras lecturas de autores contemporáneos y por su propio conocimiento del mundo. Pero, como hemos dicho, la contradicción del caso concreto con el “tipo ideal” de emprendedor calvinista es algo que el propio Weber contempla. Teniendo esto en cuenta, advierte Ginzburg que no se trata de desmentir a Weber en lo que él mismo ya contemplaba en su teoría. ¿Cuál es entonces la aportación de la microhistoria? ¿Qué alcance teórico puede tener un enfoque como éste? En la inmersión en el pensamiento de Purry, como individuo y en concreto en su lectura del *Éxodo*, ve un foco de luz que ilumina “la génesis y el significado de *La ética protestante*”.

Se ha pensado que Weber escribió sus ensayos contra *El Capital*. Sin embargo, Ginzburg considera que esos textos no es que respondan a Marx, sino que están escritos con Marx, haciéndose eco del paralelismo entre la acumulación originaria de capital y el pecado original, que aparece en el primer libro de *El Capital*.

Como observa el italiano, la lectura que hace Purry del *Éxodo*, contempla la violencia en la ocupación de Canán: la guerra contra los cananeos diverge con la lectura pacífica que hace Weber de la colonización protestante. He ahí lo que Weber elimina de Marx, quien, por su parte, subraya la violencia en los orígenes del capitalismo, tal y como vemos en el capítulo 24 de *El Capital*. Weber ignora esta violencia, alabando las “virtudes del protestantismo” y su “cálculo exacto” que caracterizaría la organización capitalista racional de los verdaderos empresarios calvinistas.

Estas colonias pacíficas, según Weber, no tendrían nada que ver con el uso de la fuerza: los europeos se asentarían en tierras sin dueño, del mismo modo que en algunas

²⁹ *Ibid.*, 10.

lecturas del *Éxodo* se interpreta la llegada de los israelitas, pueblo sin tierra, a Canaán, tierra sin pueblo. Sin embargo, Marx denuncia cómo en estas “pacíficas” colonias europeas se ponía precio a las cabelleras de los indígenas.

Esos austeros “virtuosos” del protestantismo, los puritanos, establecieron en 1703, por acuerdo de su *assembly*, un premio de 40 libras esterlinas por cada cuero cabelludo de indio y por cada piel roja capturado; en 1720, un premio de 200 libras esterlinas por *cuero cabelludo*, y en 1744, después que la Massachusetts Bay hubo declarado rebelde a cierta tribu, fijaron los siguientes precios: por escalpo de varón de varón de 12 años o más, 100 libras de nuevo curso; por prisioneros varones, 105 libras de nuevo curso, por mujeres y niños tomados prisioneros 55 libras; *por cueros cabelludos de mujeres y niños, 50 libras!*³⁰

He aquí donde entra en juego la necesidad de una justificación en los proyectos de Purry. En el reconocimiento del carácter violento de la colonización, evidente en su interpretación del *Éxodo*, y latente en el aparato exculpatorio que fabrica gracias a sus lecturas.

En esta profunda interpretación que Ginzburg hace de la vida de Purry en relación con los “tipos ideales” de Weber, vemos cómo efectivamente el enfoque microhistórico no se queda en una erudición superficial y anecdótica, sino que permite observar en este caso la relación entre el origen de la escritura de *La ética protestante* y *El Capital*, ofreciendo de este modo una nueva mirada a los tradicionales antagonismos atribuidos a los dos pensadores.

Lo que a nosotros nos interesa demostrar con esto, igual que al historiador italiano, es que el enfoque micro, con su interés por los particulares y los casos excepcionales, sí tiene repercusiones universales:

El caso de Jean-Pierre Purry, profeta precoz de la conquista del mundo por parte de Europa puede contribuir a echar abajo las fronteras que a los ojos de muchos separan a la microhistoria de la teoría. Una existencia elegida al azar puede volver concretamente visible la tentativa de unificar el mundo, y eso es lo que esta tentativa implica.³¹

Una de las más importantes influencias e inspiraciones para Ginzburg es el filólogo alemán Auerbach. El artículo sobre Purry se cierra y se abre con dos alusiones al método empleado en *Mimesis*. Su modelo de interpretación de los textos literarios consiste en la idea según la cual “mediante un acontecimiento accidental, una vida cualquiera, un fragmento tomado al azar, se puede arribar a una comprensión más profunda del todo”.³² Pero a la filiación de Ginzburg con la filología habría que dedicar otros estudios. Lo que nos interesa ahora es que bajo este presupuesto podemos casi considerar cómo en toda la producción del italiano, y paradigmáticamente en el caso de Purry, la apuesta microhistórica busca siempre una “comprensión más profunda del todo”.

Conclusión: posibilidades y aportes de un juego de escala

¿Sirve el caso de Jean-Pierre Purry como respuesta a los temores de Hobsbawm? Sí en el sentido en que nos muestra que el enfoque en lo individual puesto en práctica por Ginzburg no conduce necesariamente a ese riesgo en la historiografía que el inglés

³⁰ Karl Marx, *El Capital*, Libro I, vol 3, capítulo XXIV (Madrid, S. XXI: 1980), 942.

³¹ Carlo Ginzburg, “La latitud, los esclavos, la Biblia: Un experimento de microhistoria”, 15.

³² Carlo Ginzburg, *El hilo y las huellas*, 244.

denuncia; es decir, no descuida las aspiraciones universales de la historiografía que hemos llamado modernizante y, mucho menos, por el hecho de partir de un caso individual, deja de distinguir, igual que ésta, “el hecho y la ficción, [...] lo que puede ser determinado como hecho y lo que no, entre lo que es y lo que nos gustaría que fuera”.

En un escrito conjunto de Ginzburg y Carlo Poni, publicado en 1981 y titulado “La micro-histoire”, se reflexionaba de manera programática sobre las direcciones de la microhistoria. Uno de los aspectos más llamativos era la subversión de la idea, ampliamente aceptada, de que la historia que se ocupaba de las altas esferas de poder era cualitativa, mientras que la historia de las clases subalternas requería un enfoque cuantitativo (como parece respaldar la historia de los innovadores de la primera mitad del siglo XX). Lo que ellos proponían era una historia cualitativa que se ocupara de las clases populares. El recurso del nombre propio rastreado a través de archivos y otros medios disponibles, permitiría también reconstruir la historia de los individuos anónimos de la historia. Jean-Pierre Purry es un ejemplo de este programa microhistórico.³³ Mediante el estudio de un caso concreto, de un individuo excepcional, podemos llegar a trazar conclusiones teóricas que ofrezcan nuevas aportaciones a cuestiones generales, en este caso a la polémica atribuida a Weber con Marx.

Por otra parte, hay que subrayar que la investigación de Ginzburg sobre de Purry se asienta sólidamente en documentos. Los dos textos, las *Memoires*, son un anclaje en la realidad que permite hablar de ese pacto de confianza que el lector de un libro de historia tiene con el texto al que se enfrenta. Pacto que ciertas posturas posmodernas parecían haber disuelto. La presencia de pruebas, de documentos que acreditan la investigación, lo oponen a esa tendencia posmoderna. Los relatos de estos historiadores sí pretenden alcanzar una verdad científica, problemática, probablemente no definitiva, pero una verdad.

Comenzábamos señalando que los debates que surgen motivados por las crisis de las sociedades crean discusiones en las disciplinas que se hacen cargo de ellos. La posmodernidad ha supuesto también un reto en este sentido. Las apuestas nuevas de los historiadores son una respuesta a los nuevos tiempos: la incursión en esas problemáticas que se han venido planteando en los últimos casi cuarenta años de globalización fragmentaria, le sugieren a Ginzburg métodos innovadores de trabajo, que, sin claudicar los principios básicos, ensanchan las posibilidades disciplinares. Ginzburg ha ofrecido a la historiografía nuevas sugerencias para hacer historia, en ningún caso una disolución de la disciplina histórica.

Profile

Blanca Fernández García es investigadora en el departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura de la Universidad de Granada (España). Su tesis doctoral, que defenderá públicamente en enero, versa sobre el “paradigma indiciario” enunciado por el historiador Carlo Ginzburg. Hasta ahora ha publicado algunos de los resultados de su

³³ El nombre de Purry no es, desde luego, el más conocido entre los ejemplos de microhistoria. Mucho más famosos se han hecho Menocchio, un oscuro molinero friulano del siglo XVI, protagonista de *El queso y los gusanos* (1976), los dos Martin Guerre (el verdadero y el falso) de la obra de Natalie Zemon-Davis *El regreso de Martin Guerre* (1983), o Jean Battista Chiesa, el exorcista piemontés del siglo XVII de *La herencia inmaterial* (1985) de Giovanni Levi. La reconstrucción de sus asombrosas historias permite a los historiadores acceder también a distintos aspectos de la cultura popular, a sus formas de organización social y económica, a sus valores o a su mentalidad.

investigación doctoral sobre el paradigma indiciario y otras cuestiones anejas como la escritura de la historia y de la ficción, o los valores cognitivos del arte y de la literatura.

Blanca Fernández García is a research fellow in the Department of Lingüística General y Teoría de la Literatura at the University of Granada (Spain). She is currently working for her PhD dissertation, to be defended next January, on the Italian historian Carlo Ginzburg and his “indiciary paradigm” theory. She has so far published some previous results of her doctoral research on the “indiciary paradigm” and other topics concerning history and fictional writing, or the cognitive values of art and literature.

Fecha de recepción: 19 de abril de 2014.

Fecha de aceptación: 23 de noviembre de 2014.

Publicado: 31 de diciembre de 2014.

Para citar: Blanca Fernández García, “Carlo Ginzburg, microhistoria y escala. El caso del vinatero calvinista”, *Historiografías*, 8 (julio-diciembre, 2014): pp. 108-120.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/8/fernandez.pdf>